



El poeta y el fantasma

Texto: Martín Lorenzo Paredes Aparicio



El poeta se desangra en el salón dormido de su apartamento. Ha perdido la inspiración. Las musas han decidido suspender las visitas nocturnas al alma del poeta. Antes, las madrugadas eran como sonido de violines para el trovador; ahora, el silencio negro domina las largas noches. En el escritorio del salón, la pluma con la que quiere escribir, permanece inerte. No existe la brisa de vida necesaria para que vuelva a conquistar el cuaderno.

La melancolía, la deseada tristeza del artista, da paso a una incipiente depresión. El peligro asoma por el ánimo del poeta. La angustia envuelve su blanca piel. Sale el hombre maduro a mirar el cielo de la noche, a buscar entre las calladas estrellas a su otro yo. Desea que aparezca en la pantalla celestial su antigua imagen: la del joven creador de versos y bellas historias. Pero no consigue encontrarse. Tiene miedo a empezar a no saber escribir, a no ser capaz de inventar historias, de imaginar y crear sentimientos.

Ante esta situación, es necesario poner remedio. ¿Pero qué hacer? En la librería descansan hermosas historias en las que inspirarse, relatos en los que poder obtener alguna salida digna. Lo considera indecoroso. Su condición de creador puro le lleva a guardar una férrea disciplina: si escribe, no lee. No acepta ningún tipo de contaminación, busca la pureza en sus textos.

La música -la más bella de las artes- es quizá su última opción. Se acuerda pues del gramófono regalado por su abuelo. Está prohibido escribir escuchando la música en artefactos modernos.

Afuera llueve, el agua es fina y roza los cristales del balcón. Reside en la distinguida plaza Rosales. Antaño, el ágora estaba ocupada

por el antiguo convento de la Coronada. Ahora es un lugar vulgar donde reinan la desidia y la desesperanza.

La lluvia sigue descendiendo, aumenta su velocidad y se convierte en tormenta. El poeta, ensimismado, reacciona y apuesta por la maestría de Vivaldi. Sueña dentro La Tempestad, mientras en la rosaliana plaza la luz del rayo ilumina los angustiados árboles.

El sonido del trueno despierta al poeta, asoma su mirada y lo ve. Está sentado en el mismo banco de siempre, en el que lleva su nombre. Después de mucho tiempo, ha vuelto a verlo. El hombre es enjuto, ha perdido el brillo de sus ojos, pero sus pupilas aún consiguen atraer a todo el que lo mira. ¿Quién es este misterioso hombre? Puede ser un antiguo pintor, un músico.

La lluvia no se retira y el milagro se produce. La bendita agua no cae en el lugar en el que reposa el desheredado.

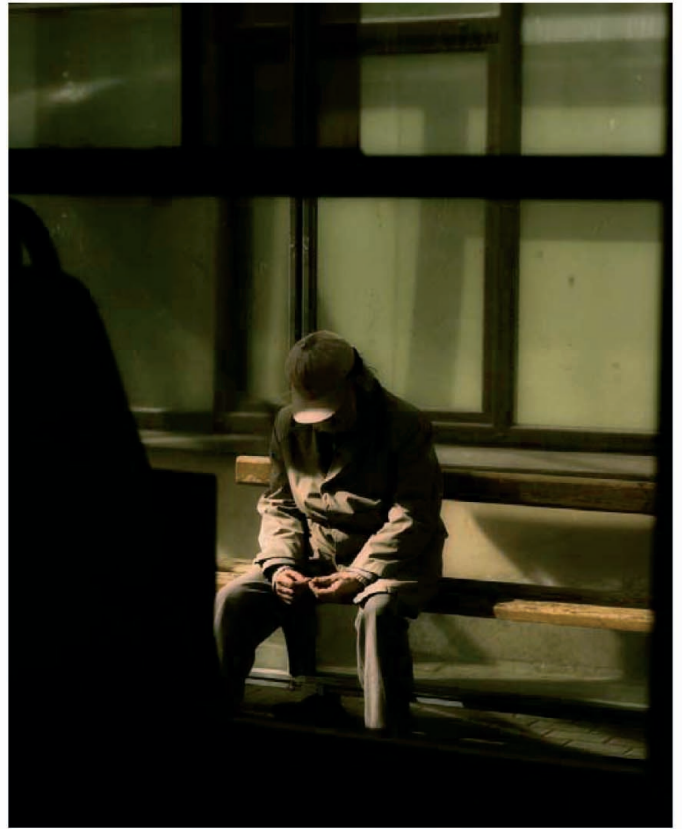
El segundo movimiento de La Tempestad altera el ánimo del poeta, se enfurece, sale al balcón y llama al hombre.

La luz caída de la lámpara es testigo de tan colosal escena. Ebrio de emoción, el trovador con pausada calma coge la pluma, empieza a escribir, a soñar, a amar.

El poema surge bravo y honesto, mientras el ser misterioso sigue apesadumbrado en el banco. Por fin, el poeta, después de mucho tiempo, ha vuelto a escribir.

La lluvia desaparece y con ella el efímero visitante. El poeta melancólico ha conseguido crear una historia, aunque no ha tenido tiempo para enseñársela a su amigo.

Desciende desesperado a la plaza y en el mismo banco en el que estaba su eterno conocido, transcribe el bello y triste poema:



Agazapado en tu banco.

Solo con un litro que calma la sed de tu alma.

Nadie repara en tí. Y eso te duele.

La plaza en la que descansas es un cuadro que nadie mira.

Hay lágrimas en tu rostro. Y una arruga eterna cuyo surco no compadece al corazón más débil.

Y tú siempre has buscado rosas en el corazón de los que amas, pero te han dado espinas.

Para que soportes el dolor y la indiferencia de una sociedad que ni a sí misma se soporta.